

GRADUACIÓN DE LAS PRIMERAS ENFERMERAS CUBANAS¹

Sr. Presidente de la República

Señoras y Señores:

Si la democracia de nuestras instituciones republicanas no fuese autos de fe para los pueblos civilizados; si el afán de cultura y progreso que domina en el espíritu cubano no estuviese plenamente reconocido por cuantos siguen atentamente nuestra evolución política y científica; si el amor a la libertad no fuese patrimonio de nuestra raza y no se respirase en nuestro ambiente; si la Revolución redentora no nos hubiese reputado ya en todos los órdenes de la vida social, el acto de esta noche prueba sería del carácter progresista y liberal de cuantos en esta tierra han visto la luz primera, de cuantos en ella han constituido sus hogares y familias.

Este acto brillante y solemne se realiza en obsequio de siete jóvenes cubanas que desechando añejas preocupaciones, rompiendo el círculo de hierro que las ahogaba y convertía en material utilizable por viles mercaderes que explotaban su habilidad y su miseria, se han lanzado provechosamente al ejercicio de una profesión noble y desinteresada, sin atemorizarse por los abrojos del camino que han recorrido, ni del Calvario que habrán de recorrer.

Altruistas, abnegadas y heroicas, han internado tres años en un hospital, en íntimo contacto con el sufrimiento, expuestas a las acechanzas del contagio, con aquella ejemplar resignación de los primeros cristianos que iban a la guerra con el rostro alegre nimbados por la gloria, y al terminar su jornada académica la Facultad de Medicina ha querido premiar públicamente su constancia y abnegación, indemnizándolas así, de sus desvelos, sinsabores y fatigas.

Las Escuelas de Enfermeras se crearon en Cuba por iniciativa particular y el Gobierno deseoso de ampliar sus horizontes creó el título académico de Enfermera profesional, que hoy se otorga por vez primera en un pueblo latino. Cuba se enorgullece con justo título, de poseer lo que no existe en España, lo que no tiene París: una Escuela Oficial de Enfermeras.

Y de la utilidad que reportan, puede juzgarse comparado lo que era la asistencia hospitalaria en el pasado y lo que es en el presente.

En una época, por desgracia muy próxima a la nuestra, los hospitales de Cuba causaban pavor a los enfermos. Confiados desde su entrada a las hermanas de las Caridad sufrían forzosamente las consecuencias de sus prácticas religiosas que anteponian siempre a las necesidades científicas y del enfermo.

Los que recuerden aun aquella época terrible, la era de las infecciones quirúrgicas que arrasaban de extremo a extremo las salas del hospital apesar de los exquisitos cuidados de los cirujanos, no vacilarán en atribuir conmigo la causa de tantos desastres a la carencia absoluta de un personal subalterno habituado a los métodos asépticos de la cirugía contemporánea.

Modificado el concepto reinante sobre el contagio, anulado el papel que al aire se hacía jugar en la transmisión de las infecciones quirúrgicas, demostrada la influencia del contacto directo en su propagación se hacía necesario organizar un personal habituado a la limpieza, educado en el santo temor de la infección, identificado con el cirujano, interesado en sus éxitos, celoso por su prestigio, implantar su fin, la asistencia por enfermeras que tanto ha contribuido en Inglaterra y en los Estados Unidos al buen nombre de sus instituciones.

La delicadeza y dulzura de la mujer cubana, su adaptabilidad al medio en que vive, su fácil percepción que le permite apropiarse cuanto se le enseña, sus sentimientos caritativos que espontáneamente la llevan al auxilio del desvalido eran factores que debían contribuir al éxito de las Escuelas de Enfermeras. Con su creación los hospitales han sufrido hermosa transformación y las clases proletarias y aún las acomodadas, han rectificado sus antiguos sentimientos hostiles a la hospitalización.

El hospital es hoy para el pobre un asilo piadoso, antes era la antesala de la muerte. Allí encuentra actualmente el remedio a sus males, alimentación adecuada, asistencia prolija y cariñosa. Un joven cuida de su ropa y de su aseo personal, con exactitud matemática le hace tomar sus medicinas, observa atentamente la marcha de la enfermedad y si sorprende alguna alteración visible, un cambio brusco, o un estado mal definido acude al médico de guardia para que actúe en consecuencia. ¡Cuántas veces esa observación tenaz, prolongada noche y día, aclara al médico las dudas de un diagnóstico, disipa los errores de su juicio o cambia la conducta terapéutica adoptada.

La enfermera es para el cirujano su más valioso auxiliar. Si con él no comparte las glorias de su éxito; goza de íntima satisfacción cuando ve un operado abandonar el hospital, pues desde que salió del anfiteatro de operaciones ha estado entregado a sus cuidados, a su serenidad, buen juicio y exacta

aplicación de las órdenes del cirujano se ha confiado el éxito inmediato y lejano de la intervención.

Con ese concepto amplio y elevado sobre la profesión de Enfermera, hemos procurado los cirujanos del hospital Mercedes educar a las que allí siguen sus estudios. La esterilización del material operatorio, la anestesia, la aplicación de apósitos y vendajes, es en sus manos práctica corriente y de la garantía que en ese terreno brindan las que hoy terminan sus estudios, pruebas bien elocuentes son por cierto nuestras estadísticas quirúrgicas, que no superan las de los cirujanos extranjeros.

Es incuestionable la utilidad que reportan las Escuelas de Enfermeras. Es una obra de interés colectivo que merece el apoyo de todas las clases sociales. Para ellas, Sr. Presidente, imploramos el favor de la República, y vosotras nobles damas, que con vuestra presencia dais realce a esta fiesta os confiamos su porvenir. Sed en vuestros hogares y en el de vuestras amigas el eco fiel de nuestras recomendaciones desinteresadas y sinceras; así prestaréis un servicio inapreciable a vuestro sexo, a la ciencia y a la patria.

Y antes de que termine recibid vosotras, jóvenes compatriotas, el parabién de la Facultad de Medicina por boca del más insignificante y desautorizado de sus profesores. Ella desea que la dicha os colme de favores y os recomienda que cuando en el transcurso de los años volváis la vista al camino recorrido y midáis la distancia que separa al bienestar y posición que sin duda conquistaréis con el trabajo, de las tinieblas que parecen envolveros al presente, no olvidéis los nombres de los organizadores de la primera Escuela de Cuba, noble institución que os ha colocado en condiciones de ejercer la Caridad, desplegar vuestras facultades y librar la subsistencia de un modo honrado y digno.

¡Luchad! y cuando las contrariedades y vicisitudes de la vida acobarden vuestro espíritu, recordad el bello ejemplo que brinda nuestra gloriosa Revolución, jamás abatida por las adversidades del destino; por cada mártir que caía regando con su sangre generosa el suelo humeante de la patria, surgirán nuevos héroes dispuestos a perecer o a conquistar la libertad e independencia que hemos alcanzado.

¹ Discurso pronunciado por el doctor Enrique Núñez, en representación de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, en 1902. (Boletín Oficial del Departamento de Beneficencia de la Isla de Cuba. 1901-03).